

EL CÍRCULO DEL OCIO EN EL *POEMA DE MIO CID*

El que una imagen de estudio y reposo aparezca en el *Poema de mio Cid*, texto que tradicionalmente se ha exaltado por su espíritu épico y no por sus elementos filosóficos, no debería de resultar inaudito ni sorprendente. Además, el hecho de que la imagen de este espacio sea evocada por las hijas del Cid lo provee de una significación excepcional dado el papel en apariencia menor que la mujer juega dentro de este mismo texto.

Aunque, a decir verdad, la sorpresa que la existencia de este entorno de estudio en el *Poema* pueda acarrear en el lector debería de ser atenuada un poco dada la bien conocida afición y el entusiasmo del Rodrigo Díaz histórico por la cultura hispano-árabe, de quien se dice (a través del historiador Ibn Bassam) que solía pasar sus momentos de ocio después de la toma de Valencia rodeado de sabios y poetas estudiando los libros de la ciencia musulmana y escuchando las proezas de los antiguos héroes de las tribus beduinas de los desiertos de la península Arábiga. "Cuéntase que en presencia del Campeador se estudiaban los libros; le leían los hechos y gestas de los antiguos valientes de la Arabia, *Ayyam al-'arab*, y cuando llegó a oír la historia de Muhallab, se mostró extasiado, lleno de arrebatos y admiración por tal héroe."¹

El que la referencia a este espacio de estudio, conversaciones, lecturas y juegos sea proferida por las hijas del Cid en el *Poema*, tampoco debería de resultar insólito ya que los hábitos culturales del padre eran fácilmente continuados por los hijos. Entre otras razones porque en un sistema social como el de la península Ibérica, la educación se les impartía sin distinciones de género a todos los hijos de los barones de la tierra porque ambos requerían de ella de igual manera para cumplir con los requisitos político-legales de su distinguida posición social.

La importancia que las letras y las armas adquieren en las cortes de los reyes de Taifas en Al-Andalus en estos momentos resulta ampliamente conocida también. Gracias a este hecho, la educación se convierte en un elemento indispensable en el ámbito de la casa de todo señor hispano-musulmán. Y el empeño y la ansiedad que muestran todos estos reyes en replicar el alto nivel cultural del desaparecido califato de Córdoba, los lleva a patrocinar y fomentar el estudio de las *Artes Liberales* de tal forma. Esta actividad era considerada como el emblema que mejor consolidaba la distinción política que el rey de

¹ Alvaro Galmés de Fuentes, *Epica árabe y épica castellana*, Barcelona, Editorial Ariel, 1978; p. 51.

Taifas añoraba adjudicarse y legitimizar entre sus numerosos coetáneos.²

La referencia aducida por Ibn Bassam al estudio de *los libros* en la corte del Cid, así como las acaloradas emociones que su lectura suscita, no puede ser considerada del todo excepcional ni extraordinaria. La abundancia y disponibilidad de libros en este ámbito es un hecho bastante familiar como para requerir una detallada explicación. Cabe mencionar el comentario de Al-Maqqari de que era la ciudad de Córdoba en donde se encontraba reunida la mayor cantidad de libros en todo Al-Andalus.³ Y en los tiempos del califa al-Hakam II, todos los poderosos de la ciudad y sus alrededores se esforzaban por crear bibliotecas que rivalizaran con la del califa, "where the studious could dive into the fathomless sea of knowledge and bring up its inestimable pearls".⁴ Se dice que la biblioteca califal de Córdoba contenía la fabulosa cifra de cuatrocientos mil volúmenes.⁵ Pero aún más pertinente y significativo en el caso del Cid en particular, resulta el hecho de que "... en el alcázar de Valencia hallaba el Campeador elementos literarios abundantes, pues el antiguo gobernante de la ciudad, Alcádir, era gran bibliófilo, que extendía sus arbitrariedades de gobernante hasta confiscar para su palacio la biblioteca del sabio Mohámmad Ben Hayyán, en 143 cargas de libros".⁶

Por lo tanto, la presencia de libros, sabios y poetas en la vida cotidiana de Rodrigo Díaz, conquistador de un rico y distinguido reino de Taifas en 1094, sólo confirma la importancia de los mismos como emblema de conquista y legitimación cultural en esta época. Y no hay nada sorprendente en que el Cid, tal y como le correspondía a todo buen rey de Taifas, adopte y despliegue todas estas enseñanzas culturales durante su propio reinado en Valencia con la sutileza que lo representa el poema. Además, es un hecho bastante bien conocido que la disolución del califato de Córdoba no sólo precipita la formación de todos estos reinos de Taifas en la península sino que ello mismo acarrea

² Richard Fletcher, *Moorish Spain*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1992; pp. 79-103.

³ Roger Collins, "Literacy and the Laity in Early Medieval Spain", en *The Uses of Literacy in Early Medieval Europe*, editado por Rosamond McKitterick, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; p. 109.

⁴ Roger Collins, *ibid.*; p. 109.

⁵ Julián Ribera y Tarragó, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*, New York, Burt Franklin, [1896] 1972; p. 15.

⁶ Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Vol. II, Madrid, Espasa-Calpe; p. 572. Recuérdese también que es Al-Qadir quien realiza el intercambio de Toledo por Valencia con Alfonso VI en 1084. Y que además, Al Qadir es nieto de Al-Ma'mun, quien preside el momento de mayor auge tanto cultural como político de Toledo durante su reinado, ya que se esfuerza por adquirir grandes cantidades de libros de la famosa biblioteca califal de Córdoba a lo largo de las luchas civiles (*fitnah*) que se suceden a la muerte del hijo de Almanzor en todo al-Andalus, y de albergar generosamente a cuanto sabio y hombre de letras pedía asilo en la ciudad para escapar de los peligros y la violencia de la guerra en el resto de al-Andalus. En lo concerniente a la ascendencia cultural de Toledo bajo el reinado de Al-Ma'mun, puede consultarse: Julio Porres Martín-Cleto, *Historia de Tulaytula (711-1085)*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, 1985.

“... a considerable flourishing in literary culture in most of the former provincial cities which became capital of the short-lived kingdoms of the Taifa period”.⁷ La práctica de reunir sabios y poetas en la corte del rey de la ciudad, quien presidía sus debates y patrocinaba sus investigaciones, gozaba de célebres antecedentes y distinguida continuidad en todos los dominios del Islam. Tómese como ejemplo paradigmático la historia del emir Abd al-Rahman I, entre otros muchos gobernantes de la época y entre muchas otras regiones del Islam, de quien se cuenta que “... solía informarse acerca de su hijo Hisham y se decía que en sus reuniones se hablaba de literatura, historia, noticias de guerra, hazañas de héroes y cosas semejantes”.⁸

El que la importancia de la educación aparezca de esta forma en el *Poema de mio Cid*, no debería de sorprender al lector atento del texto, sino todo lo contrario: su ausencia acusaría una sospechosa omisión al resultarnos bastante conocidas las preferencias culturales del personaje histórico a través de narrativas de coetáneos, como la de Ibn Bassam antes ofrecida. Confirmar su presencia en el poema es un hecho más refrescante que admirable. Porque, como lo expresó Don Ramón Menéndez Pidal con inigualable perspicacia, “... un hombre como el Cid, que pasó diecisiete años de su vida entre musulmanes, si no hubiera tomado de ellos más que exterioridades, como las del lujo de riquezas conquistadas, hubiera dado triste prueba de insensibilidad”.⁹

En este clima de competitiva ebullición y extrema volatilidad político-cultural es donde la corte del Cid intenta competir e igualarse a las mejores de la península (y la competencia es en verdad intensa, dado el poder militar y económico, tanto como el prestigio cultural indiscutible, de las cortes de Sevilla, Granada, Zaragoza y Badajoz, entre muchas otras de breve vida y menores radios de influencia y acción).¹⁰ Por lo tanto, no debería resultar escandaloso que una imagen de estudio (*ocio*) aparezca en el *Poema de mio Cid*. Su presencia obedece a la clase de demandas que le son impuestas a Rodrigo Díaz al denominarse príncipe del recién adquirido reino de Valencia (“*inuictissimum principem Rudericum Campidoctoris*”),¹¹ y verse obligado a adoptar este distintivo comportamiento rodeándose de libros, sabios y poetas que lustren y divulguen con sus conocimientos científicos y talentos artísticos tanto su nombre como el de su corte.

Una corte desprovista de poetas y sabios que estudiaran y leyeran *los libros* en presencia del príncipe de la ciudad resultaba ser un espectáculo risible y vergonzoso, un estigma de barbarie que deslucía el poder y la distinción de todo rey de Taifas interesado en reproducir la vida cultural del desapa-

⁷ Roger Collins, *op. cit.*; p. 113.

⁸ Alvaro Galmés de Fuentes, p. 35.

⁹ Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*; p. 571.

¹⁰ Richard Fletcher, *The Quest for El Cid*, New York, Oxford University Press, 1989; pp. 27-41.

¹¹ Colin Smith, *Christians and Moors in Spain*, Vol. I, Warminster, Aris & Phillips, 1988; p. 132.

recido califato de Córdoba. Y en el Cid, como distinguido rey de Taifas es sobre quien recae la responsabilidad de replicar estos bien conocidos emblemas del triunfo militar.

La referencia aducida por las hijas del Cid, y a través de la cual se manifiesta la presencia de un íntimo círculo de estudio y reposo en la corte de Rodrigo Díaz en Valencia, la constituye el momento en que ambas se niegan categóricamente a relatarle a su primo Alvar Fáñez Minaya la historia del acto de violencia física y abuso verbal que han sufrido a manos de sus esposos, los Infantes de Carrión, en el robledo de Corpes. Esta peculiar negación por parte de Elvira y Sol ocurre en el preciso momento de posar la vista el uno sobre el otro al llegar Minaya al castillo de San Esteban de Gormaz para llevarlas de regreso a Valencia. Las dos hermanas se encuentran recuperándose de sus heridas en este castillo después de que fueran depositadas en el mismo por su primo Fález Muñoz en espera de instrucciones por parte del Cid para saber qué hacer con ellas después de ser repudiadas por sus esposos de tan terrible manera.

Es a través de esta contundente negación narrativa que mejor se revela la existencia del singular espacio de aprendizaje y holgura en el cual las dos hermanas anticipan referir la historia de su desgracia una vez que regresen a casa en la corte del Cid. Ambas, al unísono, se rehúsan a contarle la historia de sus calamidades (*historia calamitatum*) a su primo. Prefieren dejarla para una mejor ocasión y para un mejor lugar, porque una historia de tales proporciones como la suya requiere del espacio adecuado para su justo relato. Y el ambiente de estudio, juegos y reposo de la corte paterna en Valencia es el *locus* más propicio, y con el entorno más adecuado, para relatar la historia de su desventura.

Minaya va ver	sus primas do son,
en el fincan los ojos	don Elvira e doña Sol:
¡tanto vos lo gradimos	comme si viessemos al Criador!
E vos a el lo gradid	quando bivas somos nos.
En los días de vagar	toda nuestra rencura sabremos contar. ¹²

La palabra *vagar* contiene la acepción de “‘holgura’, ‘sosiego’, ‘tiempo libre’, ‘ocio’, en el léxico medieval de la península, y proviene del lat. VACARE ‘estar vacío’, estar libre, ‘estar ocioso’”.¹³ (Y de acuerdo con Corominas, la primera documentación de esta palabra en la tradición hispana ocurre precisamente en el *Poema de mio Cid*.) *Escuella* es la otra palabra clave en el texto del poema que alude a la existencia de este círculo de intimidad y

¹² Colin Smith, *Poema de mio Cid*, Madrid, Cátedra, 1986; p. 239.

¹³ Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Vol. 5, Madrid, Editorial Gredos, [1983] 1986; p. 728.

estudio. Y el vocablo se encuentra bien documentado en diversas fuentes de la época como derivado del griego *schola*. Y además, otro detalle lingüístico bastante conocido es que esta palabra también contiene las acepciones de “‘ocio, tiempo libre’, ‘estudio’, ‘escuela’”¹⁴ en el léxico medieval de la península, lo cual refuerza el vínculo entre la holgura y el estudio con mayor claridad.

En la tradición griega, esta palabra llegó a adquirir una connotación filosófica específica que denotaba el ambiente de estudio de las academias de la Grecia clásica. El término era reservado para los diversos grupos que se reunían a aprender y practicar una forma de vida en especial bajo la dirección de las doctrinas y los preceptos de un maestro en particular. Este mismo término es el que Cicerón traduce como *otium* al latín en base a la inexistencia de un vocablo adecuado que contuviera la misma acepción filosófica en su propia lengua.

“Si el ocio es vulgar trae denuesto; pero si es filosófico, lóase.”¹⁵ Esta idea del *ocio* como espacio de estudio y aprendizaje es transmitida a la Edad Media a través de los textos de Cicerón sobre todo, aunque otros filósofos latinos también hagan amplio uso de ella, (como Séneca, por ejemplo). Y el arraigo de esta práctica de estudio en las culturas hispano-musulmanas es bastante conocido como para resultar imprevisto, ya que esta tradición se alimenta de las mismas fuentes clásicas que la cristiana en base a la traducción (*translatio studii*) de una gran parte de este conocimiento que se lleva a cabo desde la primera mitad del siglo IX bajo los auspicios de los califas Abasidas en Bagdad.

El patrocinio de estas traducciones se vuelve una prerrogativa oficial de los califas Abasidas sobre todo a raíz de la fundación, en el año 830, de un centro de estudios en Bagdad por Al-'Ma'mun, hijo del famoso Harun al-Rashid. Este importante centro de estudios, investigación y traducción viene a ser conocido como la ‘Mansión de la Sabiduría’, (*Bayt al-Hikmah*). La institución funcionaba a la manera del Museo de los Tolomeos en Alejandría, y la componían un observatorio astronómico, una sección de traducción y una gran biblioteca, cuyo uso se reservaban los investigadores y sus discípulos. Esta institución formó la base para la colección de manuscritos extranjeros, principalmente griegos, que fueron más tarde traducidos al árabe y que tan importante repercusión cultural tuvieron para el Islam. Con el paso del tiempo, las obras de Platón, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Tolomeo y muchas otras autoridades fueron traducidas para el provecho del mundo musulmán en este precinto.¹⁶

¹⁴ Joan Corominas, *op. cit.* Vol. 2; p. 714.

¹⁵ Joan Corominas, *op. cit.* Vol. 4; p. 262.

¹⁶ Fazlur Rahman, *Islam*, Chicago, The University of Chicago Press, [1966] 1979; p. 4.

Conjeturar un vínculo entre este peculiar *ocio* o *vagar* existente en la corte del Cid en Valencia con la idea clásica del *otium* como espacio de reflexión y estudio, no resulta del todo injustificado si se tiene en mente la importancia de los numerosos factores político-culturales en la península Ibérica antes mencionados. El importante papel que las cortes hispano-musulmanas jugaban como centros de adquisición, intercambio y distribución de diversos tipos de conocimiento, entre otras diversas clases de prestigiosos y codiciados botines y riquezas, las convertían en espacios sumamente propicios para la existencia de este tipo de actividades de aprendizaje y reflexión.

El que Minaya sea recibido con tan tajante negación por parte de sus primas cuando *en el fincan los ojos*, no puede dejar de asombrar al lector quizás tanto como sorprende a Minaya mismo. Además, el por qué del agradecimiento que Minaya debe mostrarle al *Criador* ante el hecho de haber encontrado a sus primas con vida, resulta un tanto enigmático, por no decir incomprendible (o hasta quizás desafiante), en estos momentos de fatalidad y duelo. “E vos a el lo gradid / cuando bivas somos nos.” El que Minaya deba darle gracias a Dios por haberlas encontrado con vida, no puede ser tomado como un simple desplante de arrogancia por parte de dos princesas malhumoradas por el abuso y la violencia a la que acaban de ser sometidas por los Infantes de Carrión.¹⁷

Así que, ¿por qué comportarse de esta manera ante Alvar Fáñez Minaya, negándose a otorgarle el placer y el privilegio de disfrutar de una narración privada de la historia de su denuesto? La negación es tan inesperada que toma por completa sorpresa tanto a Minaya como a sus acompañantes, a tal extremo que Pero Vermúez se imagina que las palabras de las hijas del Cid se refieren al hecho de que las acciones de los Infantes de Carrión claramente indican un repudio absoluto de las dos hermanas desde el punto de vista legal consuetudinario. El abandono de una mujer en tales circunstancias era juzgado como clara señal del deseo de disolver los lazos matrimoniales entre la pareja, y así lo confirma la cándida interpretación (*lectio*) que hace Pero Vermúez de los hechos consumados.

‘Don Elvira e doña Sol:	cuidado non ayades
quando vos sodes sanas e bivas	e sin otro mal.
Buen casamiento perdiestes,	mejor podredes ganar. ¹⁸

Excepto que las coordenadas de la lectura que las dos hermanas se proponen hacer de estos mismos hechos, no parecen intersectar en lo absoluto con

¹⁷ Aunque, claro, la violencia que han sufrido no debe de ser condonada, ni su impacto psicológico sobre ambas minimizado de ninguna manera tampoco. Excepto que el propósito de este ensayo no es el de analizar la violencia de este pasaje sino el de prestar atención a su desenlace retórico únicamente. Y el desenlace al que me refiero tendrá lugar en Valencia en el instante en que las hijas del Cid ingresen en el centro de las *escuellas* que rodean a su padre y se dispongan a *contar* la historia, o *rencura*, de su violación.

¹⁸ Colin Smith, 1986; p. 239.

las de tan fiel guerrero del Cid. Quiero decir que ésta no parece ser la narrativa (o *rencura*) que tienen en mente relatar ante las *escuellas* de su padre. Para ellas, este mismo evento parece contener enfoques diferentes de lectura, ya que lo que enfatizan en su comentario es la posibilidad de narrar su propia historia al regresar a Valencia, pero no para establecer una demanda legal en contra de sus maridos como se imagina Pero Vermúdez, y más tarde lleva a cabo el poema. El comentario de las hermanas subraya, ante todo, la oportunidad retórica que tal evento les proporciona en el círculo de ocio que su padre preside en Valencia, y no la restitución legal a la que puedan ser acreedoras a causa de su injuria.

La relación (*narratio*) de los acontecimientos que las hijas del Cid ansiosamente esperan hacer ante su padre y sus “mesnadas”, parece girar en torno a otro centro narrativo diferente al de Minaya y Pero Vermúdez, o mejor dicho, gira en torno al mismo centro que Minaya y Pero Vermúdez parecen querer usurpar con sus demandas y presuposiciones. Elvira y Sol anticipan el momento especial cuando tengan la oportunidad de reunirse con las *escuellas* del Cid, donde ocuparán el centro absoluto del círculo de ocio familiar al haber adquirido el poder exclusivo de narrar la historia (*gesta*) de sus propias desventuras. A través de este suceso, las hijas del Cid añoran con ansiedad la oportunidad de ejercer el derecho narrativo que les corresponde como protagonistas de su propia historia en el centro de este círculo de reposo y estudio paterno en Valencia.

Elvira y Sol tienen que situarse dentro de este espacio liminal de descanso y holgura, entre el sueño y la muerte (“amorteéidas amas a dos”,¹⁹ “por muertas la[s] dexaron / sabed, que non por bivas”),²⁰ para lograr convertirse en protagonistas y narradoras de su propia historia en el centro de las *escuellas* que su padre preside en Valencia. Su incursión en este espacio de incertidumbre y vulnerabilidad, de violencia y conocimiento (*locus amoenus*) en el robledo de Corpes, en el centro del cual “falaron un vergel con una linpia fuent”,²¹ es lo que les permite reclamar el derecho de usar su propia voz para construir la narrativa de su desgracia corporal. Y nadie excepto ellas tiene el derecho de infringir sus cuerpos de nueva cuenta intentando hacer una lectura diferente de los hechos acontecidos, ya que la historia que se proponen relatar se encuentra inscrita en el sangriento documento en el que han sido convertidos sus cuerpos mismos por los abusos de los Infantes de Carrión.

con las éinchas corredizas
ronpien las camisas e las carnes
linpia sale la sangre

majan las tan sin sabor
a ellas amas a dos;
sobre los çiclatones....

¹⁹ Colin Smith, *ibid.*, p. 236.

²⁰ Colin Smith, *ibid.*, p. 235.

²¹ Colin Smith, *ibid.*, p. 234.

Hya non pueden hablar
 por muertas las dexaron
 Por muertas la[s] dexaron

don Elvira e doña Sol,
 en el robredo de Corpes....
 sabed, que non por bivas.²²

Los profusos caracteres (o cicatrices) que configuran la textura de estos cuerpos despliegan la narrativa de su pasado, y la interpretación definitiva de estos prominentes signos les corresponde exclusivamente a las protagonistas de los eventos. Y de ahí se desprende la rotunda negativa de ambas hermanas en el instante preciso de *fincar los ojos* en Alvar Fáñez Minaya y sus acompañantes. Esta negación es una tentativa por adquirir el control sobre su propio cuerpo, sobre la historia del texto, sobre el cuerpo auténtico de la historia, para leerlo sin mediaciones superfluas, ya que en él han sido trazadas las prolíficas figuras de los verdaderos acontecimientos ocurridos en ese *locus amoenus* del robledal de Corpes/Corpus. Sus cuerpos se han convertido en el documento que testimonia la magnitud del ultraje que han sufrido; y permitir que cualquier otro guerrero del Cid, en este caso Minaya o Pero Vermúez, se arroge el derecho de descifrar y verbalizar (*interpretatio*) el significado de los signos que los componen ocupando el *locus* de la narrativa de los mismos, podría considerarse como el acto de mayor agresión y abuso al que las dos hermanas pudieran verse sujetas en esta *escuella* de poesía y muerte que constituye la corte del Cid en Valencia.

Las varias referencias que ocurren a lo largo del poema en cuanto a recibir las primeras *feridas* del combate insistentemente demandadas (y obtenidas) por otros miembros del círculo íntimo de Rodrigo Díaz, tales como el obispo Don Jerónimo y el mismo Pero Vermúez, manifiestan así su importancia fundamental en el discurso del texto: Estas codiciadas *feridas* son los emblemas que les permitirán no únicamente ostentar el prestigio adquirido por medio de su distinguida actuación en la lucha, sino a la misma vez gozar del derecho irrefutable de relatar las historias de sus propias hazañas guerreras en el campo de batalla al regresar al espacio de holgura y juegos de la corte con los irrefutables signos de la autenticidad de su actuación. “Hyo con los mios / ferir quiero delant”, “e a estas feridas / yo quiero ir delant”.²³

Estas *primeras feridas* son el vehículo que les proporciona la oportunidad de narrar sus propias *gestas* o *cantares* sin intermediarios ni mediadores, y así adjudicarse la distinción y el prestigio merecidos por sus acciones. El poema pone de manifiesto los peligros en que incurre cualquier sujeto al no poseer el poder necesario (o la evidencia irrefutable) para relatar la historia de su propia actuación en la lucha, al tener que ser corroborado (o desplazado) por la narrativa de otro guerrero con voz más poderosa en el círculo o *escuella* que

²² Colin Smith, *ibid.*, p. 235.

²³ Colin Smith, *ibid.*, p. 222.

rodea al Cid en lo concerniente a la veracidad de su despliegue de astucia, fuerza y valor ante el enemigo. Me refiero precisamente al pasaje en que Pero Vermúdez encubre la cobardía de Fernando al relatar mendazmente su participación en la batalla recientemente terminada.²⁴ Esta ausencia de veracidad en la actuación de Fernando es ilustrada de inigualable (e irónica) manera por el texto mismo al existir una laguna de unos cincuenta versos (una hoja) en el manuscrito del poema donde supuestamente se describe la escena falaz de la valentía de Fernando, y tener que suplir la lectura del texto a través de las crónicas en prosa donde diferentes editores “creen hallar ecos de tiradas con asonancias í-o, á(-e) y á-o”.²⁵ Por lo tanto, no debería resultar extravagante que Elvira y Sol, quienes ahora portan las huellas de su vejación por todo su cuerpo como señas de combate, pretendan exigir los mismos derechos narrativos que tales *feridas* les confieren en este círculo de ocio que encabeza su padre.

El que las hijas del Cid lleven por nombres Elvira y Sol ha dejado bastante desconcertados a los comentaristas que le exigen al *Poema* una inacertada fidelidad histórica absoluta, ya que no se ajustan a la evidencia onomástica textual que sobrevive en otras fuentes. Pero, sin importar la veracidad de los nombres de las auténticas hijas del Rodrigo Díaz histórico,²⁶ los nombres que ambas llevan en el texto se ajustan de manera excepcional a una lectura apropiada no tan sólo del desenlace del episodio de la afrenta de Corpes, sino a la composición de un poema en donde las imágenes de historicidad y circularidad adquieren un distintivo tan sobresaliente en su afán por autenticar una aspiración épica.

En los siguientes párrafos me gustaría explicar dónde radica la importancia poética de tales nombres para el poema, ilustrando su importancia primordial en la economía narrativa del texto. Y para dar principio, quisiera ofrecer una definición tardía, aunque no inacertada ni hiperbólica, del nombre Elvira. En su *Tesoro de la lengua castellana*, Cobarruvias escribe que “Elvira es nombre de mujer usado en Castilla de muchos años atrás; tiene en sí cierta manera de ponderación y parece sinificar muger valerosa y varonil, *quasi virago*; hásele de apartar el artículo, que es arábigo, y dirá El-vira, y el artículo es el de varón, para mayor émphasi, y de *vir*, dixerón *vira*,...”.²⁷ Esta aseveración del

²⁴ “En la narración de las crónicas,...al dar comienzo la batalla, Fernán González le pide al Cid las *primeras feridas*, pero cuando se enfrenta con uno de los paladines moros, vuelve la rienda y huye de él. Pedro Bermúdez,... mata al moro y da el caballo de éste a Fernando, animándole a que se atribuya la acción y prometiéndole guardar secreto.” Colin Smith, *ibíd.*, p. 221.

²⁵ Colin Smith, *ibíd.*, p. 221.

²⁶ Cristina y María, quienes casaron respectivamente con Ramiro, rey de Navarra, y con Ramón Berenguer III, conde de Barcelona.

²⁷ Sebastián de Cobarruvias y Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Ediciones Turner, [1611] 1979; p. 503.

origen etimológico de la palabra se podría rebatir históricamente sin mayores dificultades al indicar que la palabra *Elvira* antecede a la llegada del Islam a la península Ibérica con más de mil años fácilmente. La derivación más aceptada y arqueológicamente mejor sustentada del origen de esta palabra es la que postula a *Elvira* como derivada de *Illiberis*: “Cuando la cultura ibérica dominó el sur de España, la vega granadina fue ocupada por los bastetanos, y en el siglo V a. de C., aparece el nombre de Elibyrge, que se considera el más antiguo antecedente de Granada. De época romana es Illiberis, que unos historiadores sitúan en Sierra Elvira y otros por encima del Albaicín, pues en ambos sitios se han encontrado restos de ciudades romanas.... En el siglo IV se celebra en Illiberis el primer concilio de la iglesia española”.²⁸

Ahora, el comentario de Cobarruvias no es del todo fortuito ni desechable sino que obedece a una dinámica histórica específica: la de una poética onomástica épica basada en modelos históricos tradicionalmente peninsulares, fundados en unos antecedentes culturales de heterogeneidad y miscegenación.²⁹ La explicación etimológica apócrifa que provee Cobarruvias subraya, sobre todo, el aspecto de “muger valerosa y varonil, *quasi virago*” con la que da inicio a su definición de la palabra. Esta dimensión épica de dicho nombre es deliberadamente resaltada por el autor mismo al situarla al frente de su imaginativa disquisición. Y este detalle no puede ser del todo imprevisto ni injustificado sino todo lo contrario: en la historia de los reinos cristianos de la península el nombre resulta en verdad distinguido, ya que ha sido llevado por una serie de mujeres *quasi virago* que han participado de ilustre (o *varonil*) manera en los acontecimientos políticos más importantes del momento. Algunos de los más sobresalientes ejemplos son el de la reina Elvira, madre de Vermudo II; así como el de Elvira, regente de Ramiro III; o el de otra reina Elvira, quien fue regente de Alfonso V. Y en un intento por proveer de bases más firmes la historicidad del poema, el notable crítico Joseph J. Duggan ofrece la idea de que el poema fue escrito para honrar a los antepasados de la poderosa familia castellana de los Lara, ya que este nombre parece haber sido uno de los favoritos de la mencionada familia a todo lo largo del siglo doce.³⁰

Por lo tanto, el hecho de que una de las hijas del Cid lleve por nombre “Don Elvira” se reviste de connotaciones y resonancias inconfundiblemente épicas, debido a la notable participación histórica de dicho nombre en el devenir político de los reinos cristianos de la península. Además, el uso de este

²⁸ *Enciclopedia de la cultura española*, Vol. 3, Madrid, Editorial Nacional, 1963; p. 443.

²⁹ No en balde las repetidas acusaciones de “morofilia” y “judeofilia” que se le han hecho a Covarrubias en repetidas instancias a lo largo de los últimos cuatrocientos años, ya que a menudo se empeña en atribuir raíces y antecedentes (muchas veces completamente imaginarios) a innumerables palabras y prácticas de la lengua y la cultura españolas.

³⁰ Joseph J. Duggan, *The ‘Cantar de mio Cid’: Poetic Creation in its Economic and Social Contexts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; p. 94-95.

nombre para uno de los personajes del poema, lo sitúa innegablemente en un espacio poético de tales proporciones. Asociar a una de las hijas del Cid con un nombre de tal envergadura tradicional se convierte en un gesto poético que aspira a proveer al texto con la suficiente firmeza histórica para autenticar su propio discurso. Y en un discurso como el de la épica, el cual se preocupa por construir impecables y definitivas genealogías, nombres como éste les proporcionan la legitimidad que estos reinos de Taifas cristianos (Valencia, Castilla, León, Navarra, Aragón, Barcelona, etc.), necesitan para establecer una sólida e ilustre reputación en el territorio que acaban de adquirir a base de maniobras puramente políticas y militares de expansión. Así, el *Poema* viene a convertirse en un perfecto ejemplo del *topos* clásico de las artes al servicio de las armas.

De igual manera, el nombre de la otra hermana, “doña Sol”, no parece ser del todo indiferente a este mismo tipo de afán épico que se observa en el texto. Su simbolismo ha resultado (*ironía de ironías*) casi enegador, ya que ha evadido la curiosidad de la crítica de forma admirable, volviéndola insensible al tipo de luz que vierte sobre el proyecto de legitimación y autenticidad poética que se entreteje por la narrativa del texto con tanta sutileza. Si se considera a *Elvira* como una figura de legitimidad, como un intento por dotar con antecedentes históricos épicos (*quasi virago*) a este proyecto de dominio y apropiación poéticos, entonces, *Sol* será la metáfora circular que esclarezca la autenticidad y confirme la legitimidad de tales pretensiones genealógicas con la agobiante intensidad de su irradiación. Sólo así se explica la imperiosa necesidad de que ambas hermanas compongan una sola figura dentro del texto: los modelos más insignes de la épica clásica se han empeñado en resaltar los nexos intrínsecos de solidaridad entre la historia y el tiempo desde siempre.

La figura del sol como emblema del discurso épico es un recurso típico y en exceso familiar del mismo, el cual requiere de poca elucidación formal. Y su presencia dentro del *Poema de mio Cid* no resulta del todo extraña sino bastante predecible como recurso poético. Además, el que el poema haga uso de imágenes de dicho discurso no resulta censurable tampoco, ya que ésta es una práctica poética común a todo lo largo de la tradición literaria occidental. Así como la memoria (*Mnemosyne*) es considerada la figura primordial y más distintiva de la épica, la repetición continua de ciertos ornamentos o metáforas también forma parte común de su persona. Y una de las figuras totalizadoras que se repite con mayor insistencia dentro de este discurso es la del círculo precisamente, emblematizada en las fuentes clásicas en los deslumbrantes escudos de Aquiles y Eneas, por ejemplo.

Esta figura total será personificada dentro del *Poema* por una hija del Cid (*doña Sol*), al convertirse en la imagen/sombra que acompaña y complementa, que repite y perpetúa, dotándola de circularidad histórica, a la otra, a *don Elvira*. Así, ambas hermanas vienen a transformarse en acertadas imágenes de la historia y del tiempo respectivamente. Elvira y Sol sirven como emblemas

especulares suplementarios en el texto, el cual intenta reconfigurar la historia del tiempo dentro de los parámetros del círculo de las *escuellas* del Cid en Valencia a través de la combinación de dichas figuras onomásticas. La historia y el tiempo son los dos elementos épicos de mayor importancia que resaltan con mejor claridad en el poema; y *don Elvira* y *doña Sol* son las figuras que mejor los evocan y congregan en la singular representación que logra hacer el texto de las mismas.

A lo largo de todo el poema, ambas hermanas aparecen juntas todo el tiempo. Ninguna goza de una existencia independiente de la otra ni habla con una voz distinta; las dos se expresan al unísono, con completa armonía y unicidad, (excepto cuando Sol toma la iniciativa para defender, sin ningún éxito, los derechos de ambas hermanas ante el ataque imprevisible de los Infantes de Carrión, y también al ser la primera en *despertar* y pedirle agua a Félez Muñoz después del brutal ataque). Configurar el contorno de un auténtico espacio épico por medio de sus nombres, resulta una inferencia no injustificada de su peculiar comportamiento poético. Este detalle parece querer señalar una idea de complementación y totalidad al proponer la inseparabilidad intrínseca de la historia y el tiempo contenida en el itinerario histórico-poético de sus nombres. Aunque la épica está compuesta por una multiplicidad de elementos, estos elementos encuentran un espacio ideal de convergencia y singularidad dentro del círculo de esta figura. Y la circularidad que evoca dicha figura poética delimita el espacio de ocio que se construye alrededor de la figura del Cid en Valencia, el cual conforma el ámbito del conocimiento (*otium, schole, enkyklos paideia*) donde, “en los días de vagar”, se recordarán las historias (o “rencuras”, penas)³¹ que sustentan a todo texto con aspiraciones épicas.

Pero nada logra ilustrar de mejor manera la perturbante arquitectura que compone al círculo de ocio que existe alrededor de Rodrigo Díaz, y al cual añoran ganar acceso sus dos hijas por medio de sus *feridas* de guerra recientemente adquiridas, que el famoso episodio del león con el que da inicio el tercer cantar. La importancia primordial de este pasaje radica en que a través de él se revelan dos aspectos primordiales de este entorno de holgura que constituye la figura circular que se yergue sobre el Cid en Valencia: una intrigante dimensión de inestabilidad, violencia y muerte en el interior de este espacio, así como una incierta y atroz dinámica de poder en la que se encuentran involucrados todos sus *vassallos* alrededor del mismo.

En Valençia seye mio Çid con todos sus vassallos,...

Yazies en un escaño, durmie el Campeador;
mala sobrevienta sabed que les cuntio:

³¹ Joan Corominas, *op. cit.* Vol. 4, p. 767.

salios de la red	e desatos el leon.
En grant miedo se vieron	por medio de la cort;
enbraçan los mantos	los del Campeador
e çercan el escaño	e fincan sobre so señor.

En esto desperto	el que en buen ora naçio,
vio çercado el escaño	de sus buenos varones:
'¿Ques esto, mesnadas,	o que queredes vos?' ³²

En el centro de este círculo de ocio se encuentra el Cid en reposo absoluto. Y esta imagen de reposo conjuga la apabullante ambigüedad inherente de este círculo que lo rodea. No resulta inaudito que la figura del Cid aparezca como un emblema de muerte en el centro preciso de su poder, ya que el reposo absoluto como metáfora de muerte no es ningún recurso extraordinario en poesía, sino todo lo contrario. A la misma vez, la imagen del escaño, sobre el cual duerme el Cid, provee a este pasaje con la indeterminación suficiente como para convertirlo en el mejor emblema de la alegoría del texto. Un escaño durante la Edad Media de igual manera servía tanto para descansar como para transportar a los muertos al cementerio, “especialmente el todavía abierto, donde llevan a un recién finado”,³³ y hasta podía fungir de ataúd, si así lo requerían las circunstancias.

No resulta del todo sorprendente, dada la genealogía poético-cultural de la épica hispano-árabe, que el centro de las *escuellas* del Cid en Valencia lo ocupen una persona y un objeto investidos con esta doble vertiente simultánea de vida y muerte. Reparar en que el círculo del ocio se resuelve en el centro de un espacio dotado de este inespecífico significado (con una yacente figura sobre un fatal objeto), sólo denota la innegable aspiración poética del mismo. En el famoso episodio de la deslumbrante entrada del Cid a las Cortes de Toledo, el terrible y ambiguo potencial de violencia, poder y muerte que este objeto posee también queda señalado con admirable eficacia en el momento en que el Cid se niega a aceptar la invitación que Alfonso le extiende de sentarse a su lado en un *escaño* que el Cid mismo le ha regalado. La sutil manera en que el texto traza la actitud de las mesnadas del Cid (“los çiento quel aguardan”) al posar a su “aderredor”, una vez más concretiza el inquietante interior de esta figura que protege y restringe al sujeto de la poesía épica al intentar aislarlo de la influencia de otros círculos de poder antagónicos en el poema:

El rey dixo al Çid:	'Venid aca ser, Campeador,
en aqueste escaño	quem' diestes vos en don....'
'Sed en vuestro escaño	comme rey e señor,
aca posare	con todos aquestos mios....'

³² Colin Smith, 1986, p. 219.

³³ Joan Corominas, *op. cit.* Vol 2, p. 674.

En un escaño torniño essora mio Çid poso,
 los çiento quel aguardan posan aderredor.³⁴

El hecho de que el escaño sobre el que decide posar el Cid sea *torniño*, no puede pasar desapercibido, ya que evoca una figura circular también. Y aunque el *escaño* bien pueda no ser circular en su totalidad, su manufactura implica un decorado pleno de figuras de esta naturaleza. “Torniño, tornear, del lat. TORNUS.”³⁵ La amplia gama de significados y derivaciones que esta voz adquiere en el léxico medieval presenta abundantes posibilidades evocativas, todas las cuales implican un fuerte entorno de circularidad. La insistencia que muestra el texto en implicar esta clase de formas, sólo demuestra la importancia de ésta como emblema de la circularidad del discurso épico.

El verbo *yazer* también contiene la doble acepción de muerte y descanso que se encuentra en la palabra *escaño*. Su significado evoca esa incertidumbre que radica en el centro del círculo de ocio que rodea al Cid en Valencia. La imagen del Cid que “yazies en un escaño” en el centro absoluto de su poder está compuesta de una inestabilidad perturbante. Y el texto mismo se encarga de confirmar la certeza de los disturbios que esta yuxtaposición de imágenes acarrea en el lector al recalcar la inseguridad y el sobresalto del mismo Cid al despertar y encontrar “... çercado el escaño / de sus buenos varones”: “¿Ques esto, mesnadas, / o que queredes vos?”.

La equívoca actitud de defensa y agresividad que despliega el sospechoso gesto de las “mesnadas” al “enbraçar los mantos” y asediar/rodear el escaño donde yace el Campeador (“e çercan el escaño / e fincan sobre so señor”), no resulta alarmante únicamente para el lector sino para el mismo Cid también, ya que constituye una característica forma de defensa (o ataque) en el combate con armas blancas cuando se carece de un escudo para salvaguardarse de las embestidas del enemigo. La ansiosa pregunta del Cid al despertar no deja lugar a dudas de que él también se encuentra confundido por la indecibilidad de la amenazante figura que lo estrecha en este momento de reposo y holgura. Dentro de este espacio tan peculiar, las facciones tanto de la agresión como de la defensa resultan ser fácilmente confundibles porque a ambas las componen exactamente los mismos signos.

Ante la ansiosa explicación del significado del cerco que amenaza constreñirlo mientras duerme propuesta por sus *mesnadas*, Rodrigo Díaz resuelve la incertidumbre semántica de la figura que lo rodea al responder con otro movimiento circular propio. Al levantarse del escaño para dirigirse al león que supuestamente inició tan ambigua reacción de alarma en su entorno, el Cid realiza un gesto no menos peculiar ni desafiante: al erguirse se enreda su

³⁴ Colin Smith, 1986, p. 247-248.

³⁵ Joan Corominas, *op. cit.*, Vol. 5, p. 558.

propio manto en el cuello para salvaguardarse de los ataques de la fiera que le dicen lo amenaza (desde el exterior), o quizás de las posibles fieras que dicen protegerlo (en el interior), cualquiera que sea la verdadera realidad de la situación. Y si sus *buenos varones* se enredan el manto en el brazo para protegerse del león y defender a su *señor* como ansiosa y apresuradamente lo indican, ¿por qué el Cid no hace lo mismo sino que opta por enredarse el manto en el cuello al ir a enfrentarse a la fiera en *rebato*?

‘¡Hya señor ondrado rebata nos dio el leon!’
 Mio Çid finco el cobdo, en pie se levanto,
 el manto trae al cuello e adeliño pora[1] leon;³⁶

En la España cristiana medieval, descubrir las armas era considerado como un claro acto de agresividad, tal y como lo atestiguan los fueros de la época. Y tal acto estaba sujeto a fuertes multas por su infracción. (“Nullius homne qui sacar armas esmoludas vel espadas nudas, de fora *manta*, contra suo vezino, pectet LX solidos. 1155, *Fuero de Avilés*.”)³⁷ Por lo tanto, el Cid responde a las ambivalentes señales de defensa (o agresividad) de sus *mesnadas* por medio de otro signo de semejante imprecisión semántica: él también descubre sus propias armas al *traer* el manto al cuello (quizás más por el deseo de proteger uno de los sitios más vulnerables del cuerpo épico, que por el de abiertamente desafiar a sus vasallos en estos momentos críticos de incertidumbre y ansiedad), al levantarse del escaño donde reposa y disolver la intolerable indecibilidad del círculo que dice protegerlo, pero en el centro del cual se le/nos revela al mismo tiempo la fragilidad de su poder y la vulnerabilidad de su figura. Y aunque el signo que pretende indicar el peligro que lo circunda tenga un referente externo aparentemente unívoco e inconfundible (un león en *rebata*), el interior del círculo que lo rodea en estos momentos resulta ser por entero inestable y equívoco.

Además, el hecho de que el Cid logre dominar a la supuesta fiera que lo amenaza con la aterradora facilidad que lo describe el poema, sólo logra recalcar la innecesariedad/excesividad del supuesto gesto de protección de sus *mesnadas*. El haber reaccionado con tan dudosa prestancia ante la presencia de un falso referente (*mala sobrevienta*), el haber malinterpretado o exagerado el significado de este signo, sólo vuelve más sospechosa la acción de los *buenos varones* del Campeador, ya que la situación obviamente no requería de este movimiento circular de oscura y sospechosa interpretación, como lo recalca la reacción del Cid ante tal evidencia de riesgo. (¿*Ques esto, mesnadas / o que queredes vos?*) El león es transformado así en un signo de protección, y no de

³⁶ Colin Smith, 1986, p. 219.

³⁷ Joan Corominas, *op. cit.*, Vol. 3, p. 829.

inconfundible peligro, dentro del círculo de holgura del Cid. En un universo medieval que valoraba la acertada interpretación de los signos de la naturaleza (*allegoria*), su mejor lector era aquel que lograba penetrar la tenue superficie de su significado aparente (*integumentum*), y así descubrir el verdadero contenido de su mensaje (*vera interpretatione*). Dentro del poema, el Cid repetidamente aparece como lector definitivo (*auctoritas*) de los agüeros/signos de la naturaleza, por lo que presenciar la majestuosidad con la que controla el significado de los mismos y reduce o limita a un espacio semántico específico la importancia de este otro (el león en *rebata*), no debería ser causa de ninguna inquietud desmedida (*maravilla*) en el lector, aunque no pueda dejar de serlo para los miembros mismos de su confusa *mesnada*.

... el leon quando lo vio	assi envergonéo
ante mio Çid la cabeça premio	y el rostro finco;
mio Çid don Rodrigo	al cuello lo tomo
e lieva lo adestrando,	en la red lo metio.
A maravilla lo han	quantos que i son.... ³⁸

La imagen del león como el animal que defiende el jardín del reposo y la tranquilidad forma parte de una larga y distinguida tradición cristiana también, por supuesto. Aparte de las fuentes bíblicas, existen abundantes referencias a esta figura a partir de las hagiografías de los padres del desierto, de las cuales las que mayor efecto tienen en la literatura occidental más tarde son las concernientes a San Antonio y San Ciríaco. El trasfondo de dicha referencia alude al Jardín del Paraíso en el que Adán vivía en completa armonía con todos los animales, y la *Vida de San Antonio* intenta emular este mismo escenario al reproducir esta apacible convivencia entre San Antonio y las bestias salvajes en el apartamiento de un recatado oasis en el desierto.³⁹ Y, de igual manera, también el jardín de San Ciríaco, *legimus in ueteribus historiae*, es defendido por un fiero león. En la *mythopoiia* de ocio que construye la literatura hagiográfica como única manera de alcanzar un conocimiento auténtico de Dios, el león yace en espera de los peligros que querrán perturbar este ambiente de coexistencia perfecta.

Pero, en el caso del Cid, (cuyo espacio hagiográfico se reduce a que en el siglo XVI Felipe II lo intenta fallidamente beatificar), recluido en este ambivalente círculo de ocio en Valencia, la irrupción del león en la periferia de su espacio de reposo es lo que logra romper el espejismo de tranquilidad y holgura con el que comúnmente se asocia la adquisición y distribución del conocimiento. Este momento en el texto hace referencia directa a las ineludibles

³⁸ Colin Smith, 1986, p. 220.

³⁹ Athanasius, *The Life of Antony and the Letter to Marcellinus*, Traducción e introducción de Robert C. Gregg, New York, Paulist Press, 1980; p. 69.

relaciones de conflicto, confusión e inestabilidad que ordenan el centro de un círculo como éste. Ante las acometidas (o *rebatas*) del exterior, el centro se reduce y amenaza constreñir a sus ocupantes. Y el Cid, en el centro del mismo, es la figura que mayor fragilidad descubre dentro de esta contráctil estructura de poder. Así, la vulnerabilidad de su situación, “Yazies en un escaño / durmie el Campeador”, dentro del funesto centro del círculo que parece oprimirlo al querer defenderlo, lo convierte en la figura que mejor encarna la alegoría del poder que el poema majestuosamente despliega.

El espacio que se ilumina con la imagen del Cid durmiendo sobre un escaño tanto como con la negación narrativa de las dos hermanas ante las demandas de Alvar Fáñez Minaya, es el espacio que ocupa la intersección de la poesía y la muerte en el texto. Y el discurso épico es el sitio que mejor revela la suspensión de la historia y del tiempo que precipita la convergencia de ambos. Ambos, el padre y las dos hermanas, se encuentran envueltos en la fatalidad de este círculo de ocio al penetrar, (a través de la confusa agresividad de las *mesnadas* en la corte en Valencia, y de la violencia de los eventos acontecidos en el robledal de Corpes), en el discurso de muerte y poesía que crece alrededor de la figura del Cid.

Elvira y Sol son las figuras que revelan no sólo la existencia de este singular espacio de muerte y ocio que rodea a Rodrigo Díaz mientras duerme en Valencia, sino que además despliegan los riesgos y peligros que lo constituyen a la misma vez. El círculo de violencia en el que sus cuerpos se ven envueltos es la violencia que no únicamente define el interior y demarca los límites de este peculiar espacio de ocio, sino que al mismo tiempo ilustra la terrible dinámica en la cual el sujeto se ve obligado a participar para adquirir el poder de emplear una voz auténticamente épica en la construcción del cuerpo de la narrativa del poema.

Francisco Miranda
Auburn University

OBRAS CITADAS

- Athanasius, *The Life of Antony and the Letter to Marcellinus*, Trans. and Intro. by Robert C. Gregg, New York, Paulist Press, 1980.
- Cobarruvias Orozco, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Ediciones Turner, [1611] 1979.
- Corominas, Joan y Pascual, José A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. VI Vols., Madrid, Editorial Gredos, [1983] 1986.
- Duggan, Joseph J., *The ‘Cantar de mio Cid’: Poetic Creation in its Economic and Social Contexts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

- Enciclopedia de la cultura española*, Vol. 3, Madrid, Editorial Nacional, 1963.
- Fletcher, Richard, *Moorish Spain*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 1992.
- _____, *The Quest for El Cid*, New York, Oxford University Press, 1989.
- Galmés de Fuentes, Alvaro, *Epica árabe y épica castellana*, Barcelona, Editorial Ariel, 1978.
- Menéndez Pidal, Ramón, *La España del Cid*, Vol. II, Madrid, Espasa-Calpe, 1947.
- Porres Martín-Cleto, Julio, *Historia de Tulaytula (711-1085)*, Toledo, Instituto de Investigaciones y Estudios Toledanos, 1985.
- Rahman, Fazlur, *Islam*, Chicago, The University of Chicago Press, [1966] 1979.
- Ribera y Tarragó, Julián, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*, New York, Burt Franklin, [1896] 1972.
- Smith, Colin, ed., *Christians and Moors in Spain*, Vol. I, Warminster, Aris & Phillips, 1988.
- _____, *Poema de Mio Cid*, Madrid, Cátedra, [1972] 1986.